LA

ESCUELA CRISTIANA DE SEVILLA

DURANTE LA DOMINACION VISIGODA

SAN ISIDORO

CONFERENCIA LEIDA EN EL ATENEO Y SOCIEDAD
DE EXCURSIONES DE SEVILLA
EL DÍA 1.º DE DICIEMBRE DE 1894

POR

CARLOS CAÑAL





SEVILLA

Imp. de LA ANDALUCÍA MODERNA
1894

ADVERTENCIA

A causa de la rapidez con que ha sido hecha la impresión de este folleto, no hemos podido, contra nuestra costumbre, anotar convenientemente el texto del mismo, falta, en parte disculpable dada la índole del trabajo, que subsanaremos en el extenso estudio que acerca de esta materia tenemos en preparación.

SEÑORES:

Que sea yo el encargado de dirigiros la palabra es cosa siempre harto superior á mis fuerzas, que aun quedan más reducidas si el tema acerca del cual ha de versar mi disertación es de tanta magnitud como el escogido para este acto. No creais, sin embargo, que lo debo á ajenas instigaciones; yo me declaro culpable y dispuesto á cumplir la pena á que me condene el Tribunal ante quien informo, pues no otro ha sido mi pensamiento al ocupar esta noche por breves instantes la cátedra del Ateneo. Vengo á pediros un consejo que con toda franqueza, cual padre que se interesa por su hijo, habeis de darme. Deseo únicamente saber si, á vuestro juicio, puede ser objeto de un trabajo más extenso, que por fuerza he de hacer, el punto que brevemente desarrollado voy á presentar á vuestra consideración, ó por mejor decir, si teniendo en cuenta que las indicaciones que pronto os expondré son el resultado del examen superficial ciertamente, casi pudiera decirse de los sumarios ó índices de las obras de San Isidoro tan sólo, creeis que, estudiándolas detenidamente, con todo el esmero y atención que mis escasas dotes me permitan, pueda hacerse un estudio, si no que sea ni con mucho la última palabra en esta materia, pues suponer tal

cosa indicaría pretensiones sin cuento que afortunadamente no tengo, por lo menos que venga á aclarar algunos extremos de los muchos que encontramos sumidos en la obscuridad cuando pretendemos saber algo acerca de la escuela cristiana de Sevilla durante la dominación visigoda, asunto muy poco tratado y que, por tanto, ofrece ancho campo de exploración.

Compruébase la verdad de lo dicho considerando que sólo un escritor extranjero ha estudiado con especialidad este punto y muy pocos se han ocupado de otros que con él tengan relación. En el año 1855 daba á luz en París el abad José Cristiano Ernesto Bourret su curiosa y erudita tesis del doctorado bajo el título de *L'Ecole Chretiénne de Seville sous la monarchie des visigoths*, en la que, animado de verdadero espíritu crítico, procura ilustrar esta parte de nuestra historia literaria concediendo á San Leandro y á San Isidoro la grande influencia que ejercen en el mundo occidental como propagadores de la ciencia; invocando la autoridad de Mr. Ozanam, quien no vacila en colocar á nuestro Santo al lado de Casiodoro y de Boecio, ha prestado un verdadero servicio á la civilización española. Los que en Francia, y sobre todo en Alemania, marchan á la cabeza en los estudios literarios, no han hecho, que nosotros sepamos, trabajo alguno completo acerca de esta materia. En nuestra patria, es indispensable para conocerla la *España Sagrada* del P. Flórez, quien expone más detenidamente que otros la historia externa de la dominación visigoda; después, si bien es cierto que han escaseado los escritores que en esto se ocupan, tenemos tres nombres ilustres á quienes se debe el haber esclarecido no poco este período: los Sres. D. José Amador de los Ríos, D. Marcelino Menéndez y Pelayo y D. Federico de Castro y Fernández han contribuído de modo eficaz á que se disipen un tanto las sombras que rodeaban la vida en España de los pueblos septentrionales, aclarando á la vez su historia interna.

Si Amador de los Ríos, en su ensayo sobre *El arte latino-bizantino en España y las coronas visigodas de Guarrazar*, demuestra que no muere la tradición artística en las orillas

de Wâdi-Becca, prueba hasta la saciedad en su *Historia crítica de la literatura española* que la literaria trasciende á los reinos cristianos fundados á raíz de la invasión agarena; Menéndez y Pelayo, en *Los Heterodoxos Españoles* y en *La ciencia española*, pone de ostensible manifiesto lo mucho que á San Isidoro deben la Religión y la Ciencia; D. Federico de Castro, por último, en su *Discurso de apertura del año académico de 1891-92* en esta Universidad, estudia detenidamente el libro de las *Sentencias* del *Doctor de las Españas*, en donde se encuentra su sistema teológico-filosófico, y concluye afirmando que San Isidoro tuvo medios de penetrar mejor el espíritu de Aristóteles que los otros precursores de la escolástica.

No dejaremos tampoco de citar los nombres de algunos historiadores que han dado en sus escritos la extensión que realmente merece á la escuela hispalense y con especialidad á San Isidoro. Martín Villar, el ya citado Castro, Arnau, Guichot, D. Fernando de Castro en su discurso de recepción en la Real Academia de la Historia, Fernández Guerra, Hinojosa, el Cardenal González...

Permitidme, señores ateneistas, un breve paréntesis, ya que la casualidad ha hecho que mi pobre voz sea la primera que desde esta cátedra pronuncia, después de su reciente muerte, el nombre del ilustre purpurado (1). Bien sé que no acertarán mi inteligencia, ni mi palabra, aun no repuesta aquélla ante la terrible desgracia que lloramos los españoles, á expresar los méritos, que de seguro conoceis, de quien hasta hace poco rigió el Arzobispado de Sevilla. Basta con que en estos momentos nos asociemos al profundo pesar que embarga á la nación, recordando que á ese cuerpo, que aun encierra algunos grados del calor que poco tiempo há le diera vida, debemos gran número de obras científicas de primera fuerza, que han venido á aumentar considerablemente en estos últimos años el nombre de que goza la moderna ciencia española;

(1) rEl Padre Fray Zeferino entregó su alma á Dios el día 29 de Noviembre.

en ellas se muestra su profundo saber y su grande erudición; en ellas persigue un ideal que ha visto realizado antes de bajar al sepulcro; con todas sus fuerzas trató de resucitar el escolasticismo, que tan brillante carrera había hecho en nuestra patria, desde el primitivo, cuyo fondo es la Religión y cuya forma es la lógica aristotélica, que inician los Prelados de la época visigoda, hasta el meramente filosófico, cuyo último partidario es el jesuíta Francisco Suárez, que decae con rapidez inusitada en los albores de la Edad Moderna; puso su esfuerzo en mostrar á las gentes la perfecta armonía que existe entre la razón y la fé, con especialidad en su última obra *La Biblia y la Ciencia,* y si no son idénticas, muchos puntos de contacto ofrece su vida con la del gran San Isidoro; ambos formaron en el convento la base de su sabiduría; ambos dieron á luz libros que tratan de asuntos muy parecidos; ambos dejaron recuerdo imperecedero en nuestro pueblo, y ambos se habrán juntado, al fin, allá en las lejanas regiones de la Eternidad, que las grandes almas todas van al mismo punto, desde donde presenciarán los benéficos frutos que su paso por la tierra ha producido.

Continuemos nuestra interrumpida narración.

Cierto es que tanto Amador de los Ríos como Castro y Menéndez Pelayo, trataron sólo por incidencia este punto; mas no por eso es disculpable mi atrevimiento al querer descubrir rico filón donde aun no hicieron los grandes exploradores más que trabajos meramente superficiales. La ignorancia es muy osada, creedlo; si hubiese tenido tiempo de hilvanar mis ideas acerca de otra materia hubiera variado el tema de mi discurso, pero aquél me faltó y aquí vengo convicto y confeso, fiando tan sólo en que si en una mano empuñais la espada de la justicia con la otra derramais el suavísimo bálsamo de la caridad y de la compasión, cuando el que á ustedes se presenta lo hace no orgulloso de su obra sino arrepentido de su delito.

La invasión verificada por las tribus septentrionales en el siglo V es el acontecimiento más señalado y la revolución más inmensa de cuantas han acaecido en el orden político y social de los pueblos. España, avasallada, enervada y envilecida por los romanos, cambiaba sólo de señores; lejana de toda idea de independencia, ni aun pudo imaginar que era llegado el momento de tentar fortuna para recobrar la libertad perdida: dobló, pues, á la pujanza de los invasores el cuello avezado á la servidumbre, y en su amarga orfandad sonrió acaso al contemplar la perdición de sus antiguos tiranos. Era el reino de los visigodos el más poderoso y dilatado de cuantos se levantaban sobre las ruínas de Roma, mas su estado intelectual dejaba mucho que desear. Fué menester que acudieran solícitos demandando en este sentir protección de la raza hispano-romana, á quien tanto humillaron en su condición material y en sus sentimientos religiosos. La verdad se impuso, á pesar de todo, y aquellos monjes que compartían con las duras faenas del campo la penosa labor de copiar las obras de los escritores más eminentes de la época, llegaron á ser los dueños del Estado. La lucha continua entre el arrianismo y el principio católico, la persecución que Leovigildo y el conciliábulo que reunió en Toledo decretan contra los defensores de la Iglesia, dió por resultado el mostrar al mundo que, si los españoles tuvieron un Istolacio y un Indortes, un Viriato, un Indibil y un Mandonio, que murieron defendiendo la libertad de la patria, que si la Iberia pudo mostrar entre los recuerdos de su heroísmo los nombres de Sagunto y de Numancia, aun continuaba latente aquel espíritu de independencia; la abnegación y firmeza de Hermenegildo para recibir el martirio; la constancia y mansedumbre de los prelados, cuya fe resplandecía en el destierro; el respeto debido á San Leandro, de quien vamos á ocuparnos ahora, cuya ausencia lloraba la parte más ilustrada de la monarquía, todo contribuyó en Recaredo á modificar la política de Leovigildo.

El fundador de la Escuela hispalense, Leandro, había reci-

bido en su juventud una educación verdaderamente literaria; acogido después á la vida monástica, robusteció en el retiro sus estudios, y cuando el amor de los moradores de Sevilla le llama á ocupar su Silla episcopal se mostró digno del nombre que había alcanzado, abriendo á la enseñanza las puertas de su morada, á la vez que formaba en sus hermanos Fulgencio é Isidoro verdaderos modelos de prelados católicos. Pero donde empiezan sus triunfos es en el momento que el arrianismo, por boca de Leovigildo, decreta el destierro de tan docto varón. Refugiado en Constantinopla, centro á la sazón de las artes y de las letras, al estudiar la literatura bizantina, al ir conociendo detenidamente sus poetas y novelistas, los trabajos gramaticales y de erudición, los historiadores, filósofos, jurisconsultos y cultivadores de la ciencia en general, que hacían esfuerzos sobrehumanos por evitar la descomposición del cadáver que cuando no lo era se llamó Roma, se abrió ante sus ojos un mundo hasta entonces desconocido, de donde debía recabar para su patria inestimables tesoros. Así fué, en efecto; tan luégo como se consideró suficientemente preparado, escribió contra los dogmas heréticos dos libros notables por la brillantez de la forma, por la grande erudición y por su castizo y depurado estilo, á la vez que exornó con multiplicadas oraciones la salmodia de la Iglesia y concluyó otras obras igualmente provechosas que, aun no acabadas de escribir, y como si una fuerza extraña las arrastrara hacia acá, atravesaban veloces el Mediterráneo y venían á infundir nuevas esperanzas y consuelos á la grey católica.

Tan pronto como Recaredo sube al trono y ordena la reparación completa del episcopado católico, volvió Leandro al seno de la patria á la que tantos beneficios había de reportar. Aunaron sus esfuerzos en la obra grandiosa que el metropolitano de Sevilla se había propuesto los célebres Eutropio, Juan de Biclara, autor de la *Crónica* que lleva su nombre, y Máximo, obispo de Zaragoza. Realizado el maravilloso triunfo del Evangelio en el concilio III de Toledo, nuevos cultivado-

res de las letras aparecen, los cuales deben en su mayor parte la educación científica á San Leandro. Figuran en primer término sus hermanos Fulgencio, Isidoro y Florentina: si el primero desde su silla de Astigi (Ecija) da á luz no pocas obras, la última componía algunos himnos religiosos, siendo la primera poetisa sagrada, cuyo nombre registra la historia de las letras españolas. Ninguno llegó, sin embargo, á la altura de San Isidoro, de quien tratamos á continuación.

Aseguran historiadores locales y confirma la tradición que el día 4 de Abril del año 636 exhalaba el último suspiro en la iglesia de San Vicente de Sevilla, entre los sollozos de los suyos «y lágrimas muy abundantes que toda la ciudad despedía por su muerte», el que durante cuarenta años ocupó la Silla hispalense. No habrá seguramente transcurrido desde entonces uno sólo en que se le haya dejado de tributar el recuerdo que, por lo menos, consagran los vivos á los muertos en general, y muy especialmente á aquellos que, cuando no lo eran, brillaron por su talento ó por sus virtudes: á medida que éstas ó aquel aumentan, así también han de aumentar, como lógica consecuencia, los elogios que hagamos del difunto. No admitiendo esta afirmación prueba en contrario, inútil será el advertir que han de resultar deficientes y escasos, en relación con su obra, cuantos trabajos puedan actualmente realizarse destinados á ensalzar la figura de San Isidoro, apareciendo, en cambio, de ostensible manifiesto mi atrevimiento al querer indicar, siquiera lo haga brevemente, la trascendencia de la continuada labor del *Doctor de las Españas* en los siglos posteriores, para lo cual he de reseñar á la ligera el estado de los pueblos Bárbaros con anterioridad al siglo VII,

indicando luégo el movimiento científico que se produce en nuestra patria, para examinar, por último, su importancia y ver cómo subsiste durante toda la Edad Media.

Cuando el imperio romano de Occidente no pudo resistir por más tiempo los ataques que le dirigían los pueblos germanos, y cae para no levantarse más, deja grandes elementos de cultura y civilización que serán aprovechados por los conquistadores, pues siempre ocurre que, al venir á tierra un edificio gigantesco, encuéntranse entre sus escombros algunas partes que han podido salvarse de la general catástrofe y que se recogen y guardan ciertamente con más aprecio que en el que se las tenía mientras ocuparon su verdadero lugar. Esto sucedió con los Visigodos en España, con los Ostrogodos en Italia, con los Francos en las Galias, con los Anglo-sajones en la Gran Bretaña y después con los Germanos ó Alemanes en la actual Alemania, dándose el caso, constantemente repetido en el curso de la Historia, de que cuando un pueblo civilizado es vencido por uno bárbaro, éste es vencido moralmente por aquél, pues rodeándose al momento de condiciones muy distintas á aquellas en que hasta entonces vivió, tiene por fuerza que acudir á las costumbres y usos del materialmente derrotado y apropiárselos para así poder cumplirlas.

Ocupáronse los conquistadores primeramente en vencer á los demás pueblos septentrionales que, con anterioridad á la llegada de aquéllos, habían invadido, destrozando cuanto hallaban al paso, el SO. de Europa. Una vez realizado esto, y fijada definitivamente su dominación, no pudieron, con los elementos de cultura que ellos traían ni con los que tomaron de los romanos, importantes éstos en otros tiempos, pero

llegados ya á su mayor decrepitud al conocerlos los Bárbaros, fundar verdaderos reinos en que el ascendiente material que da el poder de los ejércitos estuviese á la altura del moral, que sólo el propio trabajo consigue, y quizá no sería aventurado el suponer que su subsistencia hubiera peligrado á no tender la vista hacia una institución á la cual no alcanzaron los golpes que poco tiempo antes se dirigieron contra el poder de Roma; fueron éstos causa, por el contrario, de que adquiriese exteriormente, pues interiormente siempre poseyó la misma, fuerza y extensión en mayor grado que hasta entonces tuvo.

La Iglesia, que permaneció perfectamente organizada á pesar del desconcierto casi general ocurrido al verificarse la invasión germana, toma á su cargo el de educadora de los nuevos pueblos, comenzando por convertirlos al catolicismo. Sorprende la facilidad con que se hizo esta conversión, facilidad que, á nuestro modo de ver, ha de atribuírse á dos causas principales: de un lado no era muy floreciente la situación de los diversos reinos, teniendo, por tanto, que pedir auxilio extraño si habían de subsistir; no de otra manera se explica el que abjurasen sus creencias gentes que las tenían tan distintas; así los Francos y los Anglo-sajones eran paganos; los Visigodos y los Lombardos, establecidos los últimos en Italia desde que desaparecieron los Ostrogodos, eran arrianos, y, sin embargo, Clodoveo y Ethelberto, Recaredo y Grimoaldo, conviértense en defensores de la Iglesia; la segunda causa hemos de buscarla en la ilustración, relativamente grande, que el clero católico tenía y en la confianza de que gozaba desde que suplió con su actividad, jamás puesta en duda ni aun por los escritores de contrarias ideas, las faltas que á la continua cometía la administración civil en los últimos tiempos del imperio romano; el cargo de curial en los municipios, tan deseado antiguamente, es abandonado por los que lo desempeñaban al hacerlos el poder central responsables de las contribuciones é impuestos que á diario decretaba;

entonces los obispos, presbíteros y diáconos, con paternal solicitud, encárganse voluntariamente del cuidado de los bienes comunes á los habitantes del pueblo, y así continúan hasta que, fundados los nuevos reinos y restablecido el antiguo orden de cosas, vuelven los vecinos á administrar los intereses generales de la localidad.

Contando, por tanto, la Iglesia con esta preponderancia que le dió su propio valer, á la que hubo de añadir más tarde la ocasionada por la autoridad moral que ejerció sobre los vencedores cuando se convirtieron, concibió la idea, verdaderamente magna, de civilizar ó educar á las gentes que tanta necesidad tenían de ello. A la enseñanza, pues, han de dedicarse los esfuerzos que á la terminación del siglo VI, en el VII y en los principios del VIII, hacen los más ilustres varones de la Iglesia. Señálanse entre éstos varios representantes del movimiento científico que entonces se inicia en todos los Estados europeos, y así se dice que realizaron el fin propuesto Boecio y Casiodoro en Italia, San Isidoro en España, el venerable Beda en Inglaterra y Alcuino en la córte carlovingia; mas, sin embargo, Boecio y Casiodoro hicieron menos que San Isidoro, y el venerable Beda y Alcuino aprovecharon y siguieron las enseñanzas del insigne *Doctor de las Españas.*

Doce siglos han transcurrido desde que vivió el virtuoso varón, doce siglos en los que ni un sólo día ha dejado de estar presente el nunca bien llorado arzobispo de Sevilla. Los poetas cantaron sus virtudes, los historiadores citaron su nombre una y mil veces, el hombre de ciencia aprovechó sus enseñanzas, y, sin embargo, no se ha honrado lo bastante la memoria de San Isidoro. Su nombre alcanzará más y más fama y sus estudios serán mejor analizados cuando avancen

los tiempos, cuando lleguemos á los días en que se comprenda que ya no hay hombres, como nuestro Santo, que llenan ellos solos una época; entonces la humanidad volverá sus ojos hacia esas grandes personalidades que caracterizan períodos enteros de la historia, figuras que semejan esos colosos que el viajero encuentra medio enterrados en los arenales de Asia, y buscará en ellas principios que aplicar á la vida actual. Representante San Isidoro de toda la cultura hispano-goda, condensa en sí cuanto hasta aquella fecha se sabía, notablemente añadido con las deducciones y consecuencias que su poderosa inteligencia le sugiriera, difunde esas enseñanzas y convierte á Sevilla, y con ella á España entera, en centro del saber durante la séptima centuria, cuando las restantes naciones se hallaban sumidas en la más profunda barbarie.

San Isidoro cultiva todas las ramas del saber humano, y así sus obras son verdaderas enciclopedias, en las que discurre lo mismo por el campo de la medicina que por el de la poesía y el de la Historia: sus explicaciones eran también generales; compréndese así únicamente el gran número de discípulos que se reunían para escuchar la palabra del sabio Prelado que ocupaba la Silla hispalense, y que hizo de Sevilla una Atenas del Occidente. Fué, en conjunto, virtuoso sacerdote, renombrado historiador, distinguido literato, eminente jurista y profundo filósofo.

Con tener fama el presente siglo de ser el siglo de las herejías, muchas más hubo en lo antiguo, y muy especialmente en los tiempos en que, no siendo tan fáciles como ahora las comunicaciones con Roma, era imposible al Santo Padre tener en todo momento vigilados á sus inferiores gerárgicos, efecto de lo cual y de otras causas que no hemos de examinar, salían obispos que negaban la inmortalidad del alma, que patrocinaban determinadas sectas y que eran motivo de que la Iglesia, por boca de sus más ilustres varones, refutase tan erróneas tendencias. En el año 619 reuníase en esta ciudad, bajo la presidencia de San Isidoro, el Concilio

Hispalense II, el cual se ocupó de la doctrina sustentada por un obispo sirio, que negaba la distinción en Cristo de la naturaleza humana de la divina y afirmaba que la Divinidad había realmente padecido, los padres del Concilio, sobre todo su presidente, refutaron la herejía, que se llamó *acéfala;* distinguieron en Cristo la naturaleza humana de la divina, afirmaron que sólo padeció la primera, y textos tan irrecusables citaron en apoyo de su verdadera tesis, que, convencido el sirio, abjuró su errror. ¡Cuán grandes no serían la fe y el saber de San Isidoro! Pero no es esto sólo lo que hace en pro de laIglesia: teniendo en cuenta los cánones de los Concilios generales, las Decretales de los Romanos Pontífices y los Concilios nacionales y extranjeros de diversos países, escribe, ó por lo menos comienza dándole forma, la colección que luégo se llamó *canónico-goda;* publica su libro *De oficiis eclesiasticis;* corrige en el IV Concilio de Toledo, que presidió, las costumbres de los jóvenes consagrados al servicio de Dios, y hace otras varias obras acaso tan importantes como las citadas.

En el campo de las ciencias históricas brilla de modo considerable al escribir su Historia de *Regibus Gothorum.* No tanto en el de la poesía con el poema de *Fabrica Mundi;* pero sí son muy interesantes los versos que hizo á su *Bibliotheca* y de mayor importancia aún la composición titulada *Synonima,* que se considera como origen de nuestros autos sacramentales, con la que intentó purificar los corrompidos restos del teatro clásico.

El gran espíritu de San Isidoro trascendía á todas las esferas, reconociéndolo también la crítica actual en la del Derecho. Distintos elementos entraron á formar aquel Código, que, borrando las diferencias de raza, de creencias y de legislación, vino á ser parte principal y necesaria de la monarquía visigoda; la figura del *Segundo Daniel,* como le llama su amigo y coetáneo el venerable anciano que se sentaba en la Silla de San Pedro, vése á través de las *leges antiquæ,* escritas

en los vetustos palimpsestos, y su caridad cristiana llévalo á desaprobar las medidas que contra la raza judáica, de antiguo establecida en España, dicta el rey Sisebuto.

Réstanos decir que nuestro Santo fué también filósofo, y filósofo de valía, yendo unido su nombre en este respecto á la más grande obra que escribió, á las incomparables *Etimologías* ú *Orígenes*. Mi inteligencia no alcanza á comprender libros enteros de éstos y mi palabra no acierta á expresar los pocos comprendidos. ¡Qué variedad de materias! ¡Qué asuntos tan distintos! ¿Qué rama de la ciencia fué olvidada por el metropolitano de Sevilla? Ninguna. Y el asombro sube de punto cuando se aprecian los infinitos detalles á que desciende en cada una de las partes de su trabajo, que, más bien que fruto de un solo hombre, parece el resultado de la continuada labor de muchos que, tras largas vigilias, ocupándose cada uno de la materia que mejor conocía y guiados sólo por propias convicciones, han podido dar á luz en edad ya provecta. Claro es que San Isidoro no fué el que por primera vez dijo cuantas cosas encierran las *Etimologías*: esto no hubiera sido posible porque no lo concibe la razón humana. San Isidoro lo que hace es resumir todo lo que hasta su tiempo se sabía.

Algunos que, llamándose científicos, estudian la ciencia con un criterio preconcebido, y, por tanto, anticientífico, tratan de rebajar (trabajo les mando) la figura del maestro de San Braulio, de San Ildefonso y de tantos otros, diciendo que carece de originalidad, que la tan ponderada obra del *Doctor de las Españas* queda reducida á la compilación de ciertos materiales de sobra conocidos. Seguramente no han estudiado los que esto dicen los trabajos de San Isidoro; seguramente no han meditado en el conocimiento que suponen los *Orígenes*; pero si en último término reconociésemos que en parte tenían razón, habríamos de preguntarles: ¿Qué sería á estas horas de los más preciados frutos del árbol de la inteligencia si de cierto en cierto tiempo no viniese uno de esos hombres, como aquel Arzobispo sevillano, á formar verdadero cuerpo

de doctrina de tantas y tantas teorías fundadas y emitidas en el transcurso de los siglos? ¿A dónde hubiéramos llegado de seguir su decadente marcha los sistemas filosóficos orientales, indio, persa y chino? ¿A dónde hubiéramos llegado de haber continuado viviendo en Grecia, degeneradas, sí, pero con propia existencia, las escuelas epicúrea y estóica, que á tan bajo grado llevaron el pensamiento de Sócrates, de Aristóteles y de Platón? ¿A dónde hubiéramos llegado de no interrumpirse la marcha de la filosofía romano-alejandrina? Necesariamente murieron con el pueblo que las creó. Si durante toda la Edad Media, y muy especialmente en nuestra patria desde el siglo VI al VIII, no se hubiesen, con nunca bien ponderado celo, recogido las enseñanzas de Grecia y de Roma, muy otras hubieran sido las condiciones y el estado de civilización existente en las regiones occidentales de Europa al producirse el Renacimiento. Si San Isidoro, con sus maestros y con sus discípulos, no hubiese compendiado las doctrinas de los sabios griegos y romanos, total ignorancia de ellas hubiera habido hasta que las mostraron los árabes, siendo así que cuando éstos explicaban la filosofía aristotélica, ya era de antiguo conocida por los cristianos, como hemos de ver más adelante.

Tratándose de los *Orígenes* ó *Etimologías*, ocurren varias preguntas. ¿Cuáles son los precedentes inmediatos de esta grande obra? ¿De dónde toma San Isidoro los materiales para la misma? ¿Hasta dónde trasciende? ¿Qué beneficiosos frutos produce? Ocupándonos de las dos primeras, hemos de decir que en lo que toca á los estudios eclesiásticos, acude á las principales fuentes; así interpreta desde el *Génesis* hasta el *Libro cuarto de los Reyes*, expone la historia de los *Macabeos* y escribe doctos proemios al *Viejo* y *Nuevo Testamento*. Respecto de la filosofía, conoce perfectamente la doctrina de Aristóteles, como puede comprobarse leyendo el libro de las *Sentencias;* y para escribir acerca de las demás numerosas materias de que se ocupan las *Etimologías*, tuvo presentes en general

todos los escritores clásicos. También, aunque no se manifiestan claramente, debieron influir en el saber del metropolitano hispalense los resplandores de la civilización bizantina en los días de Justiniano, mucho más si se tiene en cuenta que Severiano, padre de San Isidoro, era natural de Cartagena—donde vivió con San Leandro—á la sazón en poder de los griegos imperiales. Cuáles fueron los resultados de la magna obra del *Doctor de las Españas*, hemos de estudiarlos separadamente.

Cuando en el desierto europeo, desierto cuyo suelo no fueron los arenales del Sahara, sino las ruinas de los soberbios edificios que el poderío de Roma levantó, deshechos y caídos al verificarse la invasión de los bárbaros del Norte, existió un pequeño oasis, como la escuela sevillana, lleno de vida y vegetación, el viento, no abrasador como el *simoun*, sino agradable y suave como las brisas del mar, el fresco viento del Cristianismo se encargó de conducir á lejanos países el fruto de árboles tan valiosos como los Leandros é Isidoros; por doquier nacen delicadas plantas, pues la semilla esparcida por la tierra ha echado profundas raíces, mas siempre llevarán aquéllas el sello que, acreditando su procedencia, haga ver la extraordinaria fecundidad de su inmediato creador.

El benéfico influjo de nuestro Santo siéntese, como era muy natural, con mayor fuerza en nuestra patria, sin que esto quiera decir que no traspasa sus fronteras; antes al contrario, Francia é Inglaterra pueden estarle agradecidas. Treinta y siete años después de la muerte de San Isidoro nacía, en la segunda de las citadas naciones, el venerable Beda, quien, siguiendo el camino trazado por aquél, inició también un renacimiento en las letras, aunque mediante los trabajos ejecutados con anterioridad por el *Doctor de las Espa-*

ñas, que ya era universalmente estimado en la Iglesia, tuvo un conocimiento más puro y claro de la ciencia de los antiguos. Allende el Pirineo, y cuando el *sacro imperio romano-germánico* se mostraba fuerte y potente, en los días de Carlomagno, Alcuino (Flaco Albino), al igual que San Isidoro, restaura las escuelas de la Galia y establece en el mismo palacio imperial la que se llamó *palatina*, á la que asistían Carlomagno, los individuos de su familia, así hembras como varones, y toda la córte; en ella se daba una enseñanza superior á las de las siete *artes liberales*, el *trivium* y el *quadrivium*, entonces extendidas de modo considerable: el mismo Alcuino, en varios documentos que se conservan, cita repetidas veces al metropolitano de Sevilla y enseña y traduce sus obras.

Pero donde la tradición isidoriana muéstrase tenaz y constante es en nuestro suelo, que al fin y al cabo plantas lozanas y de extraordinaria altura en su país natal vuélvense mustias y raquíticas al trasladarlas á otras regiones; la encontramos primero en los días transcurridos desde la muerte de San Isidoro hasta la rota del Wâ li Becca, y luégo lo mismo en los reinos independientes del Norte que entre los muzárabes del Califato; «especie de rito muzárabe del escolasticismo, se ha dicho muy acertadamente, nos distinguen sin separarnos del resto de Europa, y, con el *Fuero de las Leyes*, permite que al encontrarse en Toledo los antes vencidos y los ahora vencedores, se abracen como hermanos, mirando la tribulación pasada sólo como parcial, aunque largo, eclipse de la independencia de una parte de nuestro pueblo; esclavitud que no deja huella de la servidumbre por un derecho de *postliminio*».—Lejos de nuesttro ánimo, pues hemos de insistir en puntos de sobra conocidos, está el relatar la influencia que directamente ejerció el *luciente astro de la Iberia*, como le llama Elipando, en la brillante pléyade de escritores que florecen durante el siglo VII; basta citar los nombres de San Braulio, San Julián, San Ildefonso, San Eugenio, Pablo el Emeritense, Máximo, Conancio, Tajón y Valerio para comprender la cultura del

clero español, en aquellos mismos días que en Roma no se hallaba persona de suficiente ilustración que pudiese ir de Nuncio á Constantinopla, y en Francia muchos clérigos no sabían leer ni escribir.

Veamos cómo trasciende la obra de San Isidoro á los tiempos de la Reconquista. Vencidos los ejércitos de D. Rodrigo por los sectarios de Mahoma, y establecido después el califato cordobés, continuaba viviendo dentro de los dominios de éste un linaje de moradores, llamados *muzárabes*, descendientes de latinos y visigodos, que, más ó menos libremente, según que predominaba el partido de los medineses ó el de los sirios, conservaba su antigua organización, tanto civil como religiosa; pues bien, la enseñanza en las escuelas muzárabes, y aun pudiera decirse más, cuanto se sabía en aquel Estado gótico-eclesiástico dentro de otro Estado, reducíase á las obras de San Isidoro. La tradición isidoriana en todas las esferas, y muy especialmente en lo que respecta á las ideas filosóficas, continúa viva y latente entre los muzárabes y de San Isidoro toman éstos argumentos para destruir, en un concilio celebrado en Córdoba, otra herejía llamada también *acéfala*, sin embargo de no tener en su doctrina relación alguna con la deshecha por el nunca bien llorado *Doctor de las Españas.*

Si de los árabes vencedores pasamos á los cristianos del Norte, vencidos primero, pero repuestos ya algún tanto con la creación de los reinos de Asturias y León, hemos de ver la solicitud con que el clero atiende á reproducir en multitud de copias el libro de San Isidoro—conservándose hoy algunas hechas pocos años después del 711—que viene á satisfacer cumplidamente las exigencias intelectuales de la época, siendo durante largo período la obra más popular de cuantas atesoró la Edad Media. ¿Y conocidos estos hechos y teniendo además noticia de que el rey Alfonso el Sabio mandó ponerla en castellano, habrá quien asegure que los españoles no conocimos la filosofía aristotélica hasta que nos la enseñaron los

árabes? Menester es, para asegurar tal cosa, cerrar los ojos ante las enseñanzas de la Historia y dejarse llevar únicamente por el propio, exclusivo y falso pensamiento. Parcial sería el que negase lo mucho que en cultura y civilización debemos al agareno; ilusión y no más que ilusión tendría quien se atreviese á afirmar que las doctrinas del filósofo griego, expuestas por los mahometanos, no fueron conocidas, acaso de un modo más perfecto que cuando las mostraba el Arzobispo hispalense, por los habitantes de los reinos del Norte; pero de esto á asegurar que aquéllos tenían total ignorancia de las mismas hay una gran diferencia que es preciso poner de manifiesto.

La figura del *Segundo Daniel* trasciende también á la Religión, en cuanto se relaciona con las solemnidades externas de la misma. Por idénticas causas á las mencionadas cuando nos ocupábamos de la herejía *acéfala*; por no existir en aquellos tiempos en la Iglesia la centralización que hoy, identificábase más con el territorio y adquiría el carácter de Iglesia nacional; la española, sin dejar de reconocer nunca la suprema y universal jurisdicción espiritual de los sucesores de San Pedro sobre todos los fieles de la Cristiandad, habíase gobernado á sí misma bajo la protección de sus católicos monarcas; desde los primeros siglos del Cristianismo tenía un rito especial, que luégo se llamó *gótico*, después *muzárabe*, por seguir usándolo éstos, y también *isidoriano*, pues nuestro Santo introdujo en él grandes reformas; hasta el último tercio de la XI.ª centuria, en el año 1077, estuvo en vigor el oficio gótico ó breviario muzárabe, siendo sustituído en esta fecha por la liturgia romana, impuesta al conquistador de Toledo, Alfonso VI, por el pontífice Gregorio VII, muy en contra de la voluntad del pueblo castellano, que había visto cómo en singular combate entre dos campeones, realizado sólo por esta causa, salió triunfante el rito español, así como también de la hoguera á que se arrojaron los dos misales, siguiendo la *prueba del fuego*, tan común en la Edad Media. Aquellos valientes defensores

de la patria, á quienes se debe la expulsión de España de los hijos de Mahoma, miraban el oficio gótico como cosa propia; representaba á sus ojos el gran número de sabios Obispos hijos de nuestra nación; el glorioso catálogo de santos varones é insignes mártires que murieron defendiendo el Catolicismo, y, sin embargo, el rito español es abolido, empresa á la que ayudaron los monjes de Cluni, que entonces llegaron aquí llamados por Alfonso VI. Sentía éste mucho afecto por todo lo francés...

Vamos á terminar. El establecimiento en el Sur de Europa de los Bárbaros motiva la pérdida de los conocimientos que el Oriente, Grecia y Roma habían podido adquirir en el transcurso de los siglos. En España, San Isidoro, sirviendo como de tránsito entre la Edad Antigua y la Moderna, inicia un renacimiento en las letras, renacimiento que, si detenido algún tiempo por la invasión agarena y por las luchas feudales, vuelve á presentarse con mayor fuerza, aunque ya con importaciones semitas, en los días de Fernando III y Alfonso X, desde cuya época empezará á decaer para no levantarse más, hasta que lleguen á España, en los siglos XV y XVI, las influencias italianas, y con ellas el renacimiento literario producido en la península de los Apeninos por los sabios que allí se establecieron, procedentes de la oriental ciudad que, en las deliciosas noches del estío, deja ver su obscura silueta en las tranquilas aguas del Bósforo.

La toma de Constantinopla por los turcos otomanos motiva la emigración á Italia de los sabios que durante la Edad Media convirtieron á aquella ciudad en continuadora y sostenedora de las enseñanzas del imperio romano; la actividad humana, sumida antes en guerras y discordias, se aplica ahora de lleno al cultivo de las letras, y en todas las naciones despierta el espíritu científico, sumido desde hacía algún tiempo en el más profundo letargo. En la nuestra, los historiadores y poetas se multiplican en el *siglo de oro* de la litera-

tura, pero no creando un nuevo derrotero en el campo de la ciencia, que al fin los hombres siempre aprovecharon las enseñanzas que sus antepasados les dejaron, sino imitando lo antiguo, y en nuestra patria teniendo siempre presente, á más de los clásicos griegos y latinos, á los ilustres representantes del saber en la monarquía visigoda, principiando por San Leandro, el fundador de la escuela sevillana, y acabando por el rey sabio Sisebuto, y sobre todo, y más que á ningún otro, al sabio Arzobispo de la metrópoli andaluza, á quien muchas veces sigue, entre otros autores, el Padre Mariana.

Sólo así, en virtud del rápido bosquejo histórico que hemos hecho, puede comprenderse la importancia de la figura de San Isidoro y lo mucho que le debe el pueblo español. Consagrémosle un recuerdo. Si siempre es bueno rezar por los muertos, más obligados estamos á hacerlo cuando el talento y las virtudes eran las cualidades distintivas del difunto. La Historia, con voz elocuente, dícenos la veneración y el respeto con que siempre fué mirado en España, hasta por los enemigos de nuestra Religión, aquel Santo, alma de la monarquía visigoda, y la poética leyenda refiérenos la oposición que los árabes hicieron cuando en los días de Fernando I de Castilla, en virtud del pacto que éste celebrara con el rey moro de Sevilla, fué trasladado el cuerpo de San Isidoro á la Catedral de León. La Iglesia, otorgando el premio merecido, lo colocó en sus altares, y anualmente rinde culto á la Santidad y sabiduría del *Doctor de las Españas*, celebrando solemne función religiosa, en que las preces y los cánticos del clero, pasando á través de las altas bóvedas de nuestra hermosa Catedral, llegan á oídos del metropolitano hispalense que está en el Cielo, á donde también repercuten los ecos de la que en la antigua córte de los reyes godos dedícanle los sacerdotes encargados de la capilla muzárabe, fundada por el cardenal Cisneros, y en la que como santo recuerdo se practica el rito isidoriano.—HE DICHO.

CARLOS CAÑAL.

Sevilla 30—XI—94.


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm